

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

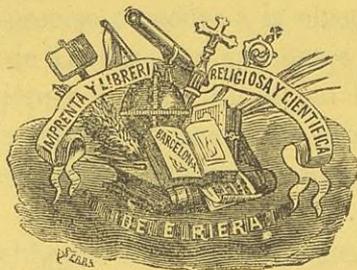
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 65.

UNIVERSITY

THE LAW OF THE STATE

OF THE STATE OF NEW YORK

IN SENATE

REPORT OF THE COMMISSIONERS OF THE LAND OFFICE
IN ANSWER TO A RESOLUTION PASSED BY THE SENATE
MAY 15, 1884

ALBANY

WHELAN & SON, PRINTERS

1884

ALBANY

WHELAN & SON, PRINTERS

1884

ALBANY

ALBANY

WHELAN & SON, PRINTERS

1884

ALBANY

1

ALBANY

de seis meses Gebhardt insistió en no admitir. Enrique III se le presentó para persuadirle de que sobre su modestia personal estaba el bien de la Iglesia. Gebhardt contestó:

—Pues bien, ya que vos lo exigís, obedezco. Me consagraré al servicio de san Pedro; pero con la condicion de que vos volváis á san Pedro lo que le pertenece.

Referíase Gebhardt á dominios eclesiásticos que Enrique, como varios principes de su época, retenían injustamente.

Enrique se manifestó resuelto á acceder á lo que Gebhardt le reclamaba, y asegurar á la Santa Sede garantías de independencia.

Gebhardt se dirige á Roma en union de los legados. La recepcion fué brillantísima, la eleccion canónica se realizó con todas las correspondientes formalidades, se dió al nuevo papa el nombre de Víctor II.

El plan de Hildebrando, que era hacer que la eleccion se verificase segun los cánones, pero evitando lo posible un choque con el Emperador, se realizaba admirablemente.

Sentado ya Víctor II pacíficamente en su trono, circuido de la sumision y el respeto de todos los católicos, Hildebrando se encaminó á Francia, donde aún no había podido desarraigarse el vicio de la simonia.

Por delegacion de la Santa Sede Hildebrando reúne un Concilio.

Asistió á él un dignatario eclesiástico de gran talento á quien se acusaba de este crimen, pero que logró hacerse suyos á los acusadores.

Al día siguiente al de la reunion del Concilio, se presenta en actitud arrogante á la asamblea, y pregunta:

—¿Dónde están los que me acusan? El que quiera condenarme que se presente.

Nadie dijo una palabra.

Entónces, levantándose Hildebrando con solemnidad, se dirige hacia él diciéndole:

—¿Creéis que el Espiritu Santo es de la misma sustancia que el Padre y el Hijo?

—Lo creo.

—Pues bien: pronunciad estas palabras: Gloria al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo.

Aquel prelado quiere repetir la fórmula; pero al llegar á la palabra *Espiritu Santo* empieza á balbucear y no acierta á proferirla. En virtud de este hecho sorprendente, el prelado confiesa su crimen y se echa á los piés de Hildebrando.

La impresion que este suceso produjo fué tan profunda que gran parte de los culpables que aún quedaban hicieron penitencia.

Muerto el papa Víctor II, fué preciso proceder á la eleccion de nuevo pontífice.

Un ilustre principe de la casa de Lorena, un personaje que por su carácter, su posicion y su prestigio parecía llamado á ejercer grande influjo en los acontecimientos de su época, dió una sorpresa á todos los que de política se ocupaban, consagrándose á la vida monástica en el Monte Casino, cabalmente en la hora que podía representar en la marcha de los sucesos un papel más importante.

Ya el papa Víctor II le había obligado á salir de su soledad, nombrándole cardenal presbítero de San Crisógono.

Este cardenal, que se llamaba Junio Federico, emparentado con la casa de Francia y de Alemania, era hombre de costumbres austeras, perfectamente iniciado en los planes de Hildebrando para asegurar á la Iglesia su independencia del poder temporal. Fué á pesar suyo elegido papa.

«Desde muchos años, dice Lamberto de Hersfeld, no había ascendido á la Sede pontificia un papa que hiciese concebir esperanzas más halagüeñas (1).»

Comunicó un fuerte impulso á todos los proyectos de emancipacion de la potestad seglar, rodeóse de hombres decididos á libertar á la Iglesia de la opresion de los emperadores, y trabajó con resolucion y energía en extirpar los vicios de aquellos tiempos asaz calamitosos.

El borgoñon Humberto, defensor acérrimo de los derechos de la Iglesia, fué elevado al cardenalato; el abad Desiderio, tan entusiasta por la reforma, fué enviado de embajador á Constantinopla; Pedro Damiano, el ermitaño de Fonte Avellana, el profeta de los castigos que provocaba la maldad, el tribuno de la causa religiosa, ostentó en su cabeza la mitra de Ostia, é Hildebrando, el alma de aquel movimiento, fué enviado á Francia con una comision importantísima. Aquel monje lorenés ya decrepito concentró bajo su accion todas las fuerzas para dar cima á la grande obra.

La muerte le sorprendió en el camino de las importantes reformas que se había propuesto realizar. ¿Se inutilizarán sus proyectos? Razones había desgraciadamente para temerlo así.

Antes de su viaje á Toscana, del que ya no volvió á Roma, Estéban X, que este fué el nombre que recibió al ser proclamado pontífice, dió una prueba más de la confianza que los pontífices depositaban en Hildebrando. Hallábase éste cerca de la emperatriz Ines, viuda del emperador Enrique III. Estéban obtuvo de los obispos, del clero y del pueblo romano la promesa de que, si Dios le llamaba á su seno, no se proveería la Sede pontificia sin aguardar el regreso de Hildebrando.

No sucedió así.

Apénas muerto Estéban, agitáronse en Roma los diferentes partidos. Gregorio, conde de Túsculo, fiel á las tradiciones de violencia de su familia, se puso al frente de una faccion armada, y de noche hizo introducir en Roma por sus soldados al obispo Juan de Velletri, á quien se trasladó al palacio de San Juan de Letran, tomando el nombre de Benedicto X.

Benedicto era un hombre faltado de las cualidades que se requerían para gobernar la Iglesia, mayormente cuando ésta se hallaba en un período de crisis.

Hildebrando corre á Roma. Considerósele como el hombre más á propósito para salvar las dificultades de la situacion. El asunto era muy arduo; Hildebrando no se atreve á resolverlo por sí mismo.

Pedro Damiano, en union de todos los entusiastas por la independenciam de la Sede Apostólica, salen á recibir á Hildebrando.

Éste les invita á que emitan su parecer acerca la gravedad del conflicto.

Pedro Damiano, á quien ya se consultó anteriormente ofreciéndole que su juicio se mantendría reservado á fin de no crearle compromisos, contestó con la franqueza que le era característica:

«El que actualmente ocupa la Silla de San Pedro... sin miramiento hacia nuestras reclamaciones, desdeñando los anatemas de los cardenales encargados de su eleccion, ha sido intronizado de noche y tumultuosamente por una faccion de gente armada... Que consienta el intruso en explicar una línea, no digo ya de un salmo, pero ni siquiera de una homilía, y yo consiento en reconocerle por legítimo y verdadero papa. Me pedís os diga secretamente mi parecer para no comprometer mi persona. ¡Ah! no permita Dios que en tal circunstancia mi corazon se rinda al miedo. Yo os suplico, al contrario, que publiquéis mi carta, á fin de que sepan todos la resolucion que debe tomarse ante el peligro comun.»

Hildebrando convoca un Concilio en Siena, donde es elegido sumo pontífice Gerardo, obispo de Florencia, nacido en el castillo de Chevron, en Saboya, que formaba entónces parte del reino de Borgoña, tambien de acuerdo con los planes de reforma.

Dióse al nuevo elegido el nombre de Nicolas, en recuerdo de otro Nicolas que en época de los hijos de Carlo Magno había puesto muy alta la Sede Apostólica, libre de la accion del imperio debilitado. Hildebrando colocó en la frente del Papa una corona en cuyo círculo se veía esta leyenda: *Corona de manu Dei*.

Pedro Damiano le escribió:—«Vos sois la Sede Apostólica; vos sois la silla romana; Roma no es más que un monton de piedras; en vos reside la santidad de la Iglesia.»

Nicolas II convoca un Concilio en Sutri, al que es citado nominalmente Benedicto X. Este, en vez de ir allí á escuchar su sentencia, se retira á la vida privada, y más adelante va á

echarse á los piés de Nicolas II, protesta que se le ha violentado, se acusa con sincera humildad, y va á vivir oculto en Santa María la Mayor.

El pontificado de Nicolas II viene á ser como el prefacio del de Gregorio VII: el principio de la gloriosa lucha de la libertad del sacerdocio contra las imposiciones del imperio.

Los que rodean á la Santa Sede expresan su modo de ver en una declaracion suscrita por el cardenal lorenés Humberto. Manifiesta que el resultado de las intrusiones del poder se- gular se encaminaban á producir la corrupcion y el empobrecimiento de la Iglesia italiana, cuyos bienes caerían en poder de extranjeros, de los alemanes; el clero esclavizado, el pueblo sometido á bárbara dominacion, probando que no podían ser otros los efectos de las elec- ciones anticanónicas que ponían la investidura á disposicion de manos laicas. Denuncia como autores del mal á los príncipes que, so pretexto de proteger la Iglesia, de lo que han tratado es de esclavizarla. Que la Iglesia no sea dependiente del Estado, añade, y desaparecerá la si- monía, y la potestad eclesiástica no tendrá que doblegarse á las exigencias de la potestad se- gular y la Iglesia será libre. La Iglesia, continúa, es el alma de la sociedad, de lo que la mo- narquía no es más que el cuerpo. ¡Cada cosa en su lugar! prosigue; y excita á los príncipes temporales y á los fieles á emprender el combate por la libertad y la honra de la Iglesia, su Madre (1).

Este lenguaje, seguido de severas condenaciones contra la simonía y el nicolaismo, pro- dujo en algunos puntos, entre los lombardos, por ejemplo, donde el mal no había podido aún atajarse, honda sensacion.

Allí la cruzada contra los simoníacos y los incontinentes no dejó de presentarse enérgica. Anselmo de Baggio, Arialdo y Sandulfo, monje, discípulo el primero de Lanfranco y los otros dos de la escuela de Cluny, ora en las plazas públicas de las ciudades, ora en los pueblos, re- petían y comentaban con vehemencia las palabras de Humberto, las que eran frenéticamente aplaudidas por los estudiantes y por las masas en general. Los nicolaitas trataban de defen- derse proclamando el nombre venerable de san Ambrosio, con el que querían legitimar el ma- trimonio de los eclesiásticos.

A los que se pusieron de parte de las justas reclamaciones de la Iglesia se les dió el apo- do de *pasmosi* ó *patarini* (2) y se apeló á la fuerza militar para castigarles por defender los derechos y la honra del Catolicismo.

El conflicto tomó proporciones en Milan, Parma, Plasencia, Pavía y otros puntos donde el oro alemán hacía sentir su influencia. Pero al fin los disidentes acabaron por someterse á las decisiones de Roma: el arzobispo de Milan en un Concilio en que ocupó el primer lugar despues del Papa, recibió de manos de éste el anillo, cuya investidura era dada ántes por los reyes de Italia, y los simoníacos y nicolaitas se sometieron á la penitencia que se les impuso.

Nicolas II se ocupó con preferencia de la forma de eleccion de los Sumos Pontífices. Mo- víanle á ello dos razones á cual más poderosas; el evitar las elecciones dobles y los cismas y dejar bien definido el derecho de la Iglesia, independiente de los emperadores.

La intervencion del clero y del pueblo romano, de acuerdo con el Emperador, en las elec- ciones pontificias, daban lugar á que estas tres entidades partiesen de distintas miras y sos- tuviesen intereses opuestos; de aquí las discordias y los cismas. Los representantes del pue- blo de Roma habían apoyado pontífices como Benedicto X. Los emperadores manifestaron bien á las claras, en particular Enrique III, que atendían más á la extension de su poder que á los intereses del Catolicismo. Hacíase indispensable remediar el mal; y hé aquí lo que hizo el Concilio que se congregó en Roma en 1059, concluyendo por establecer principios fijos que no diesen lugar á tergiversaciones sobre un asunto de tan trascendental importancia.

El Concilio declara que el derecho de intervenir en la eleccion pontificia pertenece al cón- clave de cardenales obispos y de cardenales presbíteros *salva la aprobacion del clero y el ho-*

(1) Lambert, *Contra simoniacos*, l. II, c. XXXVI.

(2) No deben confundirse éstos con unos herejes que tomaron más adelante el nombre de *patarinos*.

nor debido á los emperadores, lo cual no constituye un derecho, sino un acto de mera deferencia.

Noventa y tres obispos, á más de los cardenales, suscribieron el decreto.

La primera firma fué la de Hildebrando.

La independencia del Sumo Pontífice quedaba garantida contra el despotismo de arriba y las innovaciones de abajo; contra los abusos de los príncipes y la imposición de las banderías. Aquel decreto era un hecho providencial de la mayor trascendencia en aquel período histórico. A este decreto siguieron otros de bastante importancia, tales como la excomunión á los clérigos que anduviesen armados.

No se ocultó á los alemanes toda la significación del acto que acababa de realizar Nicolás II. La emperatriz Ines se negó á reconocerlo sin deliberar ántes con personas de su confianza. El Papa envió al cardenal Estéban para dar explicaciones á la corte alemana; pero Estéban no fué siquiera recibido. Más tarde, Annon, arzobispo de Colonia, escribía á Nicolás II manifestándole las desconfianzas y hasta las recriminaciones del gobierno imperial.

El Papa contestó á Annon suplicándole interpusiese su influencia para remediar la crisis religiosa por que estaba pasando el imperio. Las amonestaciones de Annon no lograron sino irritar á los descontentos.

La discordia iba adquiriendo toda la gravedad de un cisma. Ya el nombre de Nicolás II no se citaba en el cánon de la misa, y hasta salió de Alemania una excomunión contra el Sumo Pontífice.

Estos sucesos amargaron los últimos días de Nicolás II, que tuvo una muerte prematura en Florencia el 6 de Junio de 1061.

II.

Cisma en el Pontificado de Alejandro II.

Muerto Nicolás II, era llegada la hora de ensayar su célebre constitución. La Iglesia y el imperio habían de encontrarse frente á frente; aquélla con su derecho y su libertad, éste con sus pretensiones de supremacía. La lucha entre la independencia del poder episcopal y las intrusiones de la potestad laica había de estallar, y estalló, en efecto, con toda la fuerza de instituciones las más vigorosas.

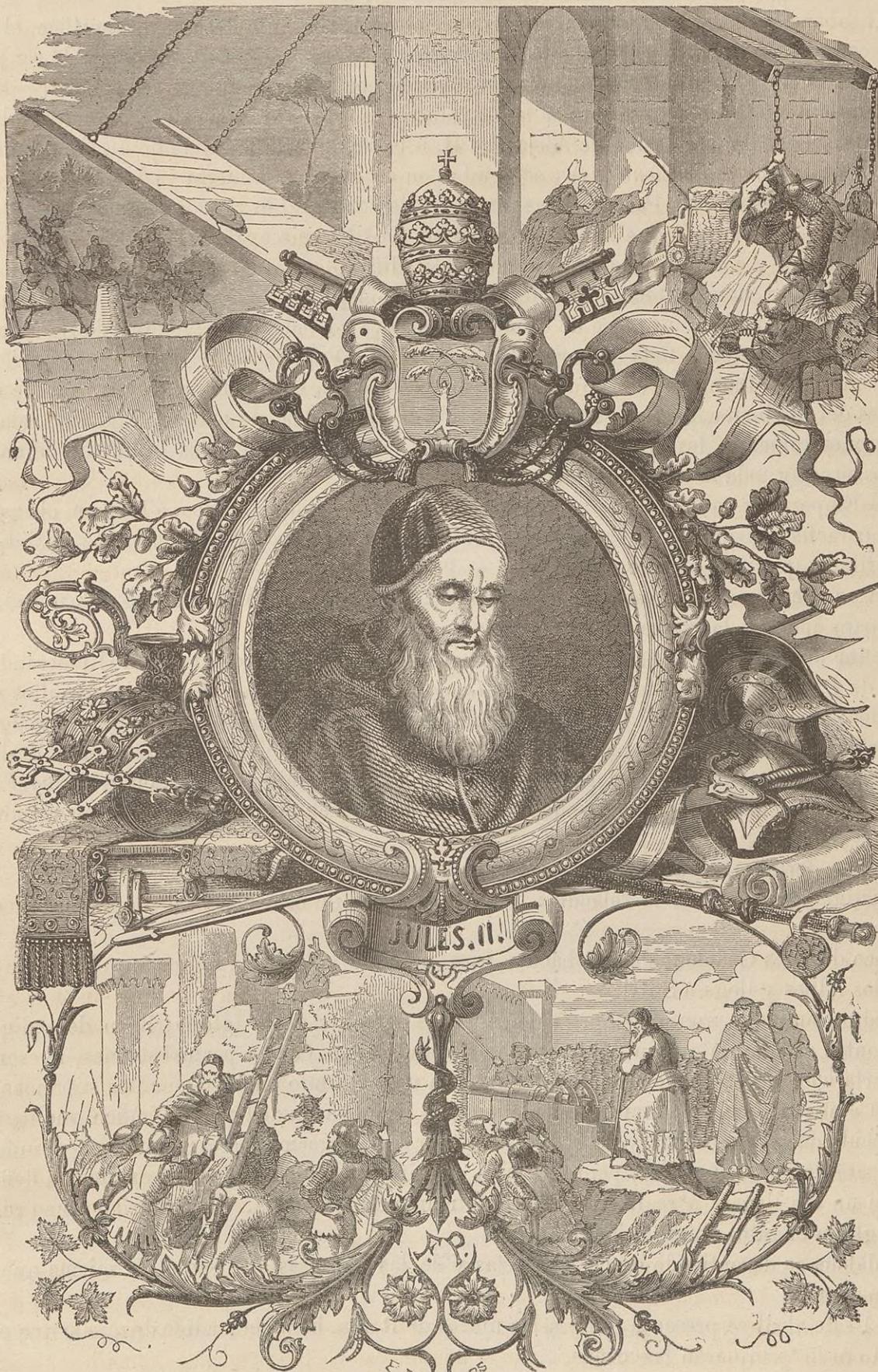
Apénas muerto el Sumo Pontífice, el baron Gerardo de Galeria, los condes de Túsculo, algunos príncipes romanos y Hugo el Blanco se dieron prisa en enviar una embajada á la emperatriz Ines y al emperador Enrique IV, á fin de que la corte hiciese la elección en contra de lo que prevenía el decreto de Nicolás II. La Emperatriz se manifestó resuelta á oponerse á las disposiciones canónicas, y convocó un sínodo de alemanes é italianos que la autorizaran para proceder ella misma al nombramiento del papa, pretendiendo que con esto no hacía más que reivindicar los derechos imperiales.

Hildebrando creyó que era indispensable obrar, y obrar con energía, convenciéndose de que ya no eran convenientes las transacciones y los acomodamientos; que siendo clara la ley, había de cumplirse.

No hubo de faltarle quien le apoyara. El pueblo de Roma estaba en contra de las injustas pretensiones de los alemanes; además podía contar con una buena parte de la Italia; y en cuanto á los monjes y á los que obedecían á la grande influencia del monasterio de Cluny, no hay que decir que estaban resueltos á que se cumplieran las prescripciones canónicas, costase lo que costase.

Hildebrando reúne el colegio de cardenales, y, según la manera prescrita por Nicolás II, conforme con los cánones de los primeros siglos, llenando los cardenales obispos las funciones

ejercidas por los metropolitanos en las elecciones ordinarias de los prelados, se nombró á An-



JULIO II.

selmo de Baggio, obispo de Luca, amigo de Arialdo, y que se había distinguido ya declarán-

dose enérgicamente contra los simoníacos y nicolaitas en Lombardía (1.º de octubre de 1061). El nuevo Pontífice recibió el nombre de Alejandro II.

Al saberse en la corte de la emperatriz Ines el nombramiento del nuevo Pontífice, el que hasta con el nombre de Alejandro que tomó parecía darse á entender que había de ser papa de lucha, la corte imperial y sus adictos lo tomaron como un reto que se les echaba.

Reunióse el sínodo convocado por la Emperatriz, se declaró nulo el decreto de Nicolas y en su consecuencia la eleccion de Alejandro II, á pesar de la resistencia de algunos arzobispos y obispos (*non consentientibus*) y se nombró en su lugar á un cierto Cadalous, originario de Verona, investido en Parma de las funciones de conde, «tan rico de escudos como pobre de virtudes (1),» hombre que había ya deshonorado la silla episcopal de Parma con actos notorios de simonía y con una conducta pública nada edificante, y que, conforme expresa san Pedro Damiano, si hasta entónces lo toleraron como obispo los Concilios de Pavía, Mantua y Florencia, fué sólo por su exceso de condescendencia. Cadalous tomó el nombre de Honorio II.

El conflicto revestía todo su carácter de gravedad. De parte de Alejandro estaban hombres como Pedro Damiano, el duque Godofredo de Toscana, el pueblo de Lombardía, los normandos del Mediodía, todo el respetable partido de la reforma; de parte de Cadalous estaban los barones romanos, los simoníacos y nicolaitas, los parientes de éstos, multitud de nobles amigos suyos y toda la corte alemana.

La Emperatriz envió á Roma á uno de los jefes del partido cismático, á Benzon, obispo de Alba, carácter apasionado, tenaz hasta la temeridad en sus propósitos, con más cualidades para tribuno que para obispo.

En vez de buscar la manera de resolver el conflicto, Benzon lo que hace es preparar el camino para apelar á la fuerza.

Reune al pueblo en el gran circo, le arenga con un lenguaje violento, da á Hildebrando el apodo de *Prandellus* y á Alejandro el de *Asinander*, prodiga á los monjes los insultos más indignos; demuestra, en fin, que ya que le faltaran razones no había de faltarle el apasionamiento con todas sus inconveniencias. «Es una cosa inaudita, gritaba Benzon en el desbordamiento de su cólera, que la consagracion de un papa dependa de unos monjes que ayer andaban cubiertos de andrajos, pidiendo limosna, y hoy hacen oír con arrogancia su voz insolente.»

Benzon terminaba sus arengas prometiendo á las masas de Roma montañas de oro. Era una instigacion directa á la rebeldía; tras de discursos de esta clase no podía venir sino la guerra.

Poco despues Cadalous deja el báculo para empuñar la espada, reúne un ejército, atraviesa los Alpes y llega á Sutri.

Pedro Damiano, pronto siempre á defender los derechos de la Iglesia, lleno de indignacion contra el hombre que introduce en la cristiandad tan fatales perturbaciones, le escribe una carta con la vehemencia de estilo que solía usar el santo en los momentos supremos.— «Hasta aquí, le dice, sólo erais conocido en una pequeña ciudad por el tráfico que teniais establecido de las prebendas y de la Iglesia, y por otros negocios peores; ahora todo el mundo se ocupará de vos, es verdad; pero será para cubriros de oprobio. Vuestra exaltacion definitiva, si un día llegara á realizarse, sería el triunfo de los malos, y la mirarian como ruina de la Iglesia cuantos aman la justicia.»

Cadalous se desentiende de las amenazas y de las censuras del santo, lo mismo que de sus consejos.

El 14 de abril se presenta junto á los muros de Roma, bien persuadido de que lo que empezó el oro lo terminarán las armas.

Cadalous acampa en la pradera de Neron, donde va á encontrarle el ejército de Alejandro. Godofredo de Toscana guarda el palacio de Letran.

(1) Bonizo, *OEfele*, II, 807, 6.

Trábase la lucha con el mayor encarnizamiento.

Los defensores de Alejandro sufren una desastrosa derrota; muchos de ellos son precipitados en el Tiber. Cadalous penetra en la ciudad leonina.

Pedro Damiano al contemplar aquellas escenas de sangre en la misma ciudad de Roma, figurando en ellas hombres consagrados á Dios, se siente aterrado y en su exaltacion exclama:— «Esto es el triunfo de los impíos, la ruina de la Iglesia, el fin del mundo (1).»

Ya Cadalous y Guibert se disponen á entonar himnos de triunfo cuando llega de improviso con tropas de refresco Godofredo, esposo de Beatriz. Era un ejército descansado que iba á luchar con otro en el que había más ardor que disciplina é inteligencia militar. La tropa de Honorio, próxima á ser envuelta, emprendió la retirada.

Tras de la lucha sigue una tregua en que, lejos de calmarse las pasiones, lo que se procura es excitarlas más y más, de suerte que Cadalous está haciendo nuevos preparativos y aglomerando fuerzas para echarse otra vez sobre Roma.

Pedro Damiano, no sabiendo contenerse ante semejante tenacidad, escribe á Cadalous una carta en que le increpa en estos términos:

«Es decir que, como un volcan, ni acabaréis de vomitar llamas infernales para perder la Iglesia, ni de pervertir los corazones con el halago del oro. Las tropas que mandáis las habéis comprado con este metal; lo que les hace correr al campo de batalla no es la trompa guerrera, sino el sonido del dinero. Nunca el oro ha salvado á nadie.»

Las palabras de Pedro Damiano encontraron á Cadalous insensible. Preparábase para un golpe que creía definitivo, cuando recibe la noticia de que el jóven Enrique IV es arrancado del poder de su madre Ines, la emperatriz viuda, y puesto bajo la direccion de Annon, arzobispo de Colonia. Era para Cadalous una gran contrariedad. Ya no dominaria en la corte alemana el partido de la guerra contra Alejandro, porque Annon estaba porque se observasen los cánones y se respetase la independencia de la Iglesia. Cadalous, pues, va á verse abandonado.

Annon, valiéndose de su gran influencia en la corte alemana, se propone remediar el conflicto. Lo primero que hace es congregar en Osbor un Concilio de prelados italianos y alemanes. En otoño de 1062, Annon, acompañando á Enrique IV, se encamina á Osbor para presidir la Asamblea.

Pedro Damiano escribe una carta á los que allí han de congregarse, en la que revela toda la energía de su espíritu, toda la entereza de sus convicciones. Copiaremos algunos párrafos de esta carta:

«Trátase de un asunto que, bien establecido, queda fijado todo lo demas; es una base que, si se desmorona, arrastra la ruina de todo el edificio... La Iglesia romana ha sido fundada sobre la roca de la fe sin ninguna voluntad ni sentencia humana, por aquella palabra única que hizo el cielo y la tierra. Hé aquí el fundamento sobre que se apoya. El que arrebatá á una Iglesia sus derechos es injusto; el que despoja á la Iglesia romana de la supremacía que recibió de la cabeza de todas las iglesias es hereje.»

Pedro Damiano termina diciendo: «Nosotros, consejeros de la corona y servidores de la Santa Sede, hacemos comunes esfuerzos para la union del sacerdocio y del imperio, á fin de que el género humano, gobernado por las dos potestades, no esté jamas dividido, sino que se sostengan la una á la otra como los dos polos del mundo, y que los pueblos que les están sometidos no se vuelvan indóciles á causa de sus divisiones. Así como el Mediador entre Dios y el hombre ha unido misteriosamente la monarquía y el sacerdocio, así los dos jefes deben estar unidos por mutua afecion; es menester que se encuentre al rey en el pontífice romano y al pontífice romano en el rey, salvos los derechos de papa que sólo él puede ejercer.»

Cadalous fué depuesto y condenado por sentencia unánime de los obispos italianos y alemanes unidos á sus metropolitanos.

(1) Floto, I, 286.— Giesbrecht, *Ann. d'Altaich*, p. 217.

LII.

El plan de Gregorio VII y las dificultades que encuentra en su realizacion.

Nos encontramos en el punto culminante de la crisis.

El plan de Hildebrando, que hasta aquí lo realizaban otras personas, va á encargarse de realizarlo él mismo. Hasta aquí de este plan podemos decir que no se ha hecho más que sentar las bases; su aplicacion completa con todos sus obstáculos, pero tambien con toda su gloria, correspondía al que lo había concebido.

Vamos á ver este plan produciendo en Europa una conmocion inmensa; los tronos tiemblan, los pueblos cambian, no ya de jefe, sino de instituciones; vamos á ver al mundo, no sólo religioso, sino político y social, agruparse en torno de la roca del pontificado, los emperadores teniendo que reconocer á pesar suyo que esta roca está mucho más alta que sus sedes imperiales; vamos á ver al hijo de un carpintero, á un monje, brillar en Roma con una gloria que eclipsa la de los antiguos césares.

Comprometida era la situacion de la Europa al descender á la tumba el papa Alejandro II.

Al frente del imperio más poderoso y más influyente había el jóven Enrique IV. Era valiente, tenía en ciertas ocasiones rasgos de generosidad; pero le faltaba lo que siempre necesita un rey, y más en circunstancias criticas como la que atravesaba su nacion y el mundo en general, experiencia y carácter. Inconstante en sus propósitos, voluble aún en sus afecciones, se dejaba conducir y hasta dominar por una camarilla de cortesanos que él mismo en sus veleidades se encargaba de desprestigiar despues y hasta de hacer víctimas de una tiranía asaz caprichosa. Poderes, leyes, instituciones, todo se resentía de la veleidad del monarca; aquel imperio que, por su extension y sus fuerzas, había de ofrecer mayores caracteres de estabilidad, hallábase sin embargo sujeto á continuos y funestos vaivenes. Demasiado débil para no sentirse desvanecido en las eminencias de su vasto poder, complaciase en humillar á los grandes, en promover querellas, en levantar guerras, alucinado con la idea de que él había de dominar todas las dificultades (1).

Lo que al principio era afecto y hasta familiaridad excesiva con sus confidentes, lo cambiaba despues en sangriento odio hasta llegar á las mayores crueldades, de las que no excluía ni á los cómplices de sus delitos. Era hipócrita hasta en las manifestaciones de amistad, sacrificando á sus víctimas cabalmente en la hora en que éstas se creían más seguras con su afeccion, y derramando falsas lágrimas á la noticia de muertes que él mismo había ordenado (2).

Hijo de un hombre del Norte y de una mujer del Mediodía, unía á las violentas pasiones, al desden hacia las personas del primero, algo de la ambicion mundana de la segunda. Su educacion había oscilado entre las complacientes condescendencias de unos y las excesivas severidades de otros; lo que quiere decir que su educacion careció de sistema; en cambio tuvo que presenciar en edad muy temprana la encarnizada lucha de innobles ambiciones que comprometían la honra del imperio y los intereses de la Alemania que cada cortesano posponía á los suyos. Tal fué la escuela en que se formó el Emperador.

El historiador Breno nos le describe siendo ya desde niño arrebatado en sus enojos como grosero en sus placeres. En su adolescencia iba rodeado de jóvenes bizarros, pero pendencieros; amables, pero libertinos; un Werner, un Luitold, un Hartmann, en una palabra, una comitiva de calaveras que no respetaban ni las jóvenes de familias distinguidas, ni los bienes de los desvalidos, ni aún la vida de infelices que carecían de defensa.

Enrique era un carácter turbulento, desigual, arrebatado, pero que, no obstante, sabía con-

(1) Voigt, *Gregoire VII et son siècle*, l. V.

(2) Fleury, lib. LXI.

tenerse cuando lo juzgaba conveniente á sus miras. Pasaba fácilmente del amor al odio, del entusiasmo al abatimiento, de la ternura á la violencia. En aquel corazon, al lado de alguna afecion noble habia mucho veneno; atraía por su palabra insinuante, pero esta palabra raras veces era sincera. Orgullosa con los grandes que querian imponérsele, era condescendiente con los pequeños que le halagaban; disgustábase de la conversacion y compañía de personas formales para entretenerse con jóvenes frívolos y de costumbres licenciosas.

De niño habia visto á sus tutores en lucha con su madre, y los conflictos que hubieron de promoverse entre la que para él representaba la ternura maternal y los que representaban la razon de Estado, no fueron los más á propósito para arraigar en su corazon los sentimientos de familia.

Respecto á religion, para un joven que no sabia elevarse á la serena region de los principios haciéndose superior á las debilidades de los hombres, no podian producir buen efecto los cismas que agitaron á la Iglesia en aquel período ni las discordias que entre dignatarios eclesiásticos viera estallar junto á su trono.-

Habia visto desde sus primeros años el cuadro que ofrecen las eminencias políticas de un imperio que se disputan el poder para procurarse en él placeres, riquezas y consideraciones, no para labrar la felicidad de los pueblos que les están sometidos; ¿qué tiene de particular que él acabara por figurarse que el poder no consistía en otra cosa y que lo empleara sólo en satisfacer sus aspiraciones personales (1)?

Después de una enfermedad muy grave que le puso á las puertas de la muerte, y de la que desesperaban sus médicos hasta el punto de haberse tratado ya de la eleccion de su sucesor, Enrique, por consejo de los grandes que creían de esta manera poner un límite á la vida licenciosa del joven monarca, celebró con gran pompa matrimonio con Berta, princesa que unía extremada bondad de corazon á una notable belleza de fisonomía. Enrique se cansó muy pronto de esta union. Dos años después de haberla contraído (1069), aprovechándose de una ausencia del arzobispo Annon, que se hallaba en Roma, reclamó ante la asamblea de Worms el que se autorizase su divorcio. Entre otras palabras elocuentes, dejóse oír la de Pedro Damiano. ¡Qué! ¿un rey de Alemania, un príncipe que se disponía á recibir la corona imperial iba á dar el escándalo de violar la sagrada ley del matrimonio, iba á realizar un hecho que el papa Nicolas I no lo toleró con un descendiente de Carlo Magno, con un rey de la Lorena, con Lotario II? ¿Qué se diría de la Alemania, país que críticos ilustres habían recomendado de un modo particular por sus virtudes domésticas? La presencia de Pedro Damiano, enviado por el Papa, á cuyos acentos iba unido el prestigio de su santidad, que si no hablaba con fuerza á causa de su vejez, hablaba al ménos con conviccion, hubo de influir poderosamente en la asamblea y torcer los culpables propósitos del joven rey. Cuando Pedro Damiano, cuya cabeza sembrada de canas hallábase inclinada por el peso de los trabajos apostólicos, le conminó con los anatemas de la Iglesia, añadiéndole que el rey que faltase con su esposa á sus deberes de cristiano ningun papa le coronaría emperador, Enrique mandó á Berta, que esperaba en el convento de Lorsch, sus insignias de reina, y la acogió en sus brazos.

Tal era el hombre que se hallaba al frente de la nacion más importante. Añádase á esto las luchas de las camarillas, las disidencias entre los grandes, los conflictos con los sajones, y se comprenderá la situacion de aquellos pueblos.

En Francia reinaba la dinastía de Hugo el Grande en la persona de Felipe I, casi de la misma edad que Enrique, con sus pretensiones de concentrar en sus manos el poder político y religioso, y levantándose en torno suyo una corte que se destrozaba con sus celos y sus envidias. Lo que Enrique tenía de veleidoso lo tenía Felipe de temerario; atrevido en sus proyectos, desplegaba grande actividad, firmeza y constancia en su ejecucion, pudiendo contar con una nobleza feudal belicosa, aventurera, tan dispuesta á defender sus dominios como á invadir los de los demas.

(1) Breno, *Dé bello Saxonico*.—Zeller, *L'Empire Germanique*.

La España convertida en un gran campamento, con la enseña de la santa Cruz en lucha con la Media Luna, cumpliendo su misión de potencia cristiana; el reino de Sevilla en manos de Mahomet II, y reinando la discordia entre las diferentes regiones de la península.

En Inglaterra desórdenes, saqueo y muerte en varias ciudades, oponiendo serios obstáculos á la obra de reorganización emprendida con tanta prudencia como habilidad por Guillermo el Bastardo.

En la Suecia la religión cristiana en lucha todavía con el paganismo, con unos reyes que, ora se declaraban en favor de los cristianos, ora se decidían por los idólatras.

En Dinamarca no se habían cicatrizado aún las heridas abiertas por la lucha entre Suenon III y Adalberto de Brema.

La Polonia apenas comenzaba á descansar de una larga y funesta anarquía.

La Rusia trabajaba inútilmente para salir del caos sin que hubiese podido venirse á un arreglo en la sucesión del trono, lo que era causa de continuas y sangrientas luchas.

No estaba más tranquila la Hungría, cuyo trono se disputaban diferentes príncipes con su independencia mal definida, pues el rey no pasaba de ser un vasallo del emperador.

Distaba mucho de ser satisfactorio el estado de Oriente. El cetro de Constantinopla pasaba rápidamente de una á otra mano; eclipsada la gloria de edades anteriores, todo sujeto á continuos cambios que producían un estado crónico de desórdenes y de guerras cuyo término nadie acertaba á prever, dudándose si aquel coloso podría resistir por mucho tiempo la obra de descomposición social.

Tal era la situación de Europa al descender á la tumba Alejandro. El porvenir se presentaba sombrío por todas partes; los ménos aprensivos se entregaban á siniestros augurios, y no faltaba quien creyera que la obra de civilización cristiana iba á encontrarse atascada en mitad de su camino.

Contra lo que era de prever, atendidas las opuestas corrientes, al morir Alejandro Roma permaneció tranquila.

Ordénase en la capital del mundo católico un ayuno de tres días. En momentos tan críticos es indispensable acudir á las expiaciones y á las plegarias cristianas á fin de implorar el auxilio del Todopoderoso.

Numerosa multitud de cardenales, de obispos, de abades, de monjes, de clérigos de todas jerarquías, se encaminan en imponente procesión á la iglesia de San Pedro. La basílica encuéntrase atestada de inmensa muchedumbre de gente de todas clases que ha acudido á los funerales del difunto Pontífice.

De pronto nótase entre los concurrentes extraordinaria agitación; un rumor prolongado turba el silencio del templo; uno de los concurrentes ha exclamado y todos repiten á voz en cuello:

—Es el arcediano Hildebrando á quien elige san Pedro para sucederle.

Hildebrando estaba allí. Túrbase al oír aquella exclamación unánime; y sin que sea posible detenerle, sube al púlpito pidiendo á la concurrencia que se calme y que abandone el propósito de elegirle.

El concurso insiste, á pesar de las protestas de Hildebrando.

Levántase entónces el cardenal Hugo el Blanco, é imponiendo silencio al numeroso concurso, exclama:

—Todos sabéis y debéis reconocer que desde el reinado de san Leon, este arcediano, este hombre tan sabio y tan experimentado ha sabido elevar á gran prosperidad á la santa Iglesia romana, y que es él quien ha logrado salvar nuestra población de grandes peligros. Como no sabemos ver otra persona más á propósito para el gobierno de la Iglesia y la defensa de esta ciudad, todos nosotros, obispos y cardenales, le elegimos unánimemente junto con vosotros para pastor supremo de nuestras almas.»

El pueblo grita una vez más:

—San Pedro nos ha escogido á Hildebrando para señor y para papa.

Se le reviste inmediatamente, se le ciñe la tiara y se le coloca en la sede de san Pedro.

Los cardenales y obispos preguntan al pueblo:

El arcediano Hildebrando es el papa que hemos escogido; será nuestro señor y llevará el nombre de Gregorio; nosotros le queremos y le elegimos. ¿Os conviene?

—Sí; nos conviene.

—¿Le queréis?

—Sí; le queremos.

—¿Lo aprobáis?

—Sí; lo aprobamos.

Era efectivamente Hildebrando el hombre de su época. Todos lo reconocían así, y hasta los mismos que le profesaban alguna prevención tenían que inclinarse ante la fuerza de su genio y reconocer la superioridad de aquel personaje extraordinario.

«Aunque la sabiduría universal de Dios, escribía Guillermo, abad de Metz, lo dispone todo con un orden admirable; es preciso reconocer cuán sabiamente ha atendido á los asuntos humanos cuando ha escogido para poner al frente de la sociedad á un hombre del pueblo con unas costumbres y unas virtudes en las que el pueblo puede encontrar un vivo modelo de lo que él debe ser (1).»

Pocos hombres suben al poder conociendo á su época como la conocía Gregorio, y habiendo podido hacer tan profundo estudio de los hombres y de las cosas.

Hildebrando era hombre de pequeña estatura, de voz débil, de aspecto algo vulgar, pero de grande alma y dotado de mucha fuerza de voluntad. Nada hay comparable á su actividad; se informa de todo, quiere estar en todo.

Cuando habla de la Iglesia, del pontificado, de su querida Roma, se siente en su palabra algo que descubre el fuego de aquel pecho pronto siempre á sufrir y á luchar en favor de los intereses de la Religión y de la buena marcha de su tiempo.

Al ser elegido Pontífice, sintióse hondamente afectado, apoderóse de él una extraordinaria tristeza, dando á conocer que sentía todo el peso de la carga que se le acababa de echar encima.

Hildebrando, como se creyera débil para llevar aquel enorme peso, llama á sus amigos para que vayan á prestarle su ayuda. Á Desiderio, el famoso abad del Monte Casino, le escribe suplicándole que vaya á auxiliarle con su tacto y su prudencia, aplicándose aquel texto bíblico: *Veni in altitudinem maris: et tempestas demersit me. Laboravi clamans, raucae factae sunt fauces meae* (Ps. LXVIII).

Á Guibert, arzobispo de Rávena, le escribe que cuenta con él para llevar un peso que se le impone á pesar suyo; y al duque Godofredo le manifiesta en una carta que su promoción al pontificado, que es motivo de alegría para los fieles, le produce amarguras, un dolor intenso y engendra en su pecho las angustias de una grande ansiedad.

¿De dónde nacen estos temores? Nadie como él comprende lo grave de las circunstancias. Iba á encontrarse frente á frente de un emperador que contaba con grandes fuerzas, y que al aceptar la lucha á que él tendría que provocarle, no repararía en medios con tal de salir airoso. Por otra parte, tendría que oponerse á las corrientes de su siglo, y á Hildebrando le sobraba comprensión para saber calcular todas las dificultades que le saldrían al paso.

Al día siguiente de su elección empieza ya á tantear el terreno que debe recorrer. Atendiendo á las conveniencias de su situación, escribe á Enrique IV, que era también rey de Italia; pero después de expresarle la consideración debida como á monarca, le anuncia que al aprobar su elección, aprueba la de un pontífice que no dejará impunes los crímenes manifiestos de que á Enrique IV le acusaba la conciencia.

Enrique IV creía que debía consultársele ántes de elegir papa, y sin embargo el papa se

(2) Mabillon, *Vetera Analecta*, p. 463: *Licet sapientia Dei universa, etc.*

acababa de elegir sin consentimiento suyo; se le persuadió que la elección de Hildebrando era un ataque á sus derechos; se le rodeó de una atmósfera de prevenciones haciéndole entender que Hildebrando era un carácter dominador y que aspiraba á imponerse á los reyes y á los emperadores, y no faltaron algunos de los obispos feudales que, temiendo la severidad de Gregorio, pretendiesen que la elección se había hecho de una manera irregular, dando á entender al Rey que nadie como él estaba en el deber de anularla, ya que nadie como él sufriría las consecuencias.

Sin embargo, á pesar de todos los manejos de los enemigos de Hildebrando, Enrique esta vez no procedió con precipitación. No le faltaba perspicacia. Comprendió que no era ocasión propicia para lanzarse á una lucha cuyos resultados le hubieran sido desventajosos. Envía á Roma á uno de sus hombres de confianza, al conde Everardo, con instrucciones de hacer política de concesiones más bien que de resistencia.

Gregorio VII, con su habilidad de diplomático de primera talla, recibe al mensajero real, le rodea de toda clase de consideraciones, le expone las circunstancias de su elección, y le manifiesta que él no ambicionaba en manera alguna un poder que se le confería sin faltar á ningún precepto canónico.

El día 29 de junio, festividad de los apóstoles san Pedro y san Pablo, Hildebrando recibe la consagración solemne en presencia de la emperatriz Ines, de la condesa Beatriz, del canciller de Italia en nombre de Enrique IV, y del embajador de éste, el conde Everardo.

Para mejor comprender el carácter de la lucha que Gregorio VII está llamado á empeñar y sostener, es preciso que nos hagamos cargo de su programa de gobierno. Él mismo formula en sistemático conjunto toda su teoría gubernamental, y si lo hace con la autoridad de un dictador, no es por esto que no brille en él la piedad de un pontífice.

«La Iglesia de Dios, dice, debe ser independiente de toda potestad temporal. Lo que al altar atañe está reservado á aquel que por un orden no interrumpido sucede á san Pedro. La espada del príncipe es cosa humana; el altar y la silla de san Pedro proceden de Dios, y ésta sólo de Dios depende... Ministros de la Iglesia instituidos por los hombres del mundo no son legítimos; éstos, apegados al mundo con la codicia de las cosas terrenas de que tienen necesidad, sienten deseos y pasiones criminales; de aquí las disensiones, el odio, el orgullo, la codicia en hombres que deben poseer la paz de Dios... Ministros de la Iglesia sometidos al emperador sólo obran según los deseos de éste; sirviendo al Estado y al príncipe se hacen extraños á la Iglesia. Sin embargo, ésta debe ser y será libre, y lo será por la acción de su cabeza, por el primer hombre de la cristiandad, por el sol de la fe, el Papa. El Papa ocupa el puesto de Dios, cuyo reino gobierna en la tierra; sin él no puede haber reino; la monarquía se hundiría como buque que se abre. Si las cosas temporales dependen del emperador, las espirituales dependen del papa; conviene, pues, que éste rompa todo lazo que encadene á los ministros del altar al poder temporal. Una cosa es el Estado y otra la Iglesia. Del mismo modo que la fe es una, el papa, cabeza de la Iglesia, es uno, los fieles, sus miembros son uno. Si la Iglesia subsiste por sí sola, no debe obrar sino por sí sola.

«Si se desea que la Iglesia y el Estado prosperen, es menester que el sacerdocio y el imperio estén íntimamente unidos y se pongan de acuerdo para mantener la paz del mundo... El poder de la Silla romana es superior al de los príncipes. El rey está sometido al papa y le debe obediencia.

«El papa debe enseñar, exhortar, castigar, corregir, juzgar y fallar. La Iglesia es el tribunal de Dios; ella decide acerca los pecados de los hombres; es el dedo de Dios que nos señala el sendero de la justicia.

«La Iglesia romana es la Iglesia madre; todas las demás deben sometersele como hijas. Ella manda á todas, como también á los miembros que las componen; emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, obispos, abades y demás fieles. En fuerza de su potestad puede instituirlos y deponerlos; les confiere el poder, no para su gloria, sino para el bienestar del mayor número

ro. Deben, pues, humilde obediencia á la Iglesia, y siempre que andan por caminos de pecado, esta santa Madre está en la obligacion de contenerles y de restituirles á buen sendero, de otra suerte se haría culpable de sus extravíos. El que se apoya en tan tierna Madre, la ama, la escucha, la defiende, experimenta los efectos de su proteccion y de su munificencia.

«El que amenaza á la Iglesia, ejerce sobre ella alguna violencia, le causa pesadumbre, es hijo del demonio y no de la Iglesia, éste tal debe ser desterrado y separado de la sociedad humana.

«Es preciso, pues, que la Iglesia sea independiente; cumplir esta gran mision es el deber del papa. La Iglesia será libre (1).»

Lo que brilla ante todo en Gregorio es una firmeza de conviccion, una lógica irresistible que subordina admirablemente los hechos á los principios. Trátase de una reforma, pero de una reforma grandiosa, colosal, que lo mismo ha de llegar á la celda del monje que á la morada del obispo, á la vivienda del pastor que al palacio del potentado. Obsérvase en sus planes que parte siempre de puntos de vista vastísimos, desde los cuales lo abraza todo. Sus ideales son grandiosos como su genio.

Ha concebido de la Iglesia, de su accion, de su influjo sobre el cuerpo social una idea grande; la ve más alta que todos los Estados cristianos por extensos y fuertes que sean; está persuadido de que es la Iglesia la que debe realizar la regeneracion moral del mundo; si hay quien se oponga á ello, llámese rey ó emperador, está dispuesto á romper su cetro.

A los que pretenden subordinar la Iglesia al Estado les hace ver cómo viene siendo el papa el árbitro en las discusiones entre los príncipes, que son éstos quienes acuden al tribunal de San Pedro para ser juzgados; les manifiesta cómo las frentes de sus antecesores fueron marcadas con los rayos del Vaticano siempre que las potestades seculares faltaron á las leyes canónicas.

Para llevar á efecto su programa le saldrán al paso los reyes con sus ejércitos, pero él cuenta con un elemento que, en una época de fe, constituye una potencia, este elemento es su palabra de excomunion.

La anarquía llega á su colmo en todas partes; instituciones, principios, costumbres, todo se viene abajo, la Iglesia misma parece que va á caer envuelta en aquel cataclismo. Los reyes, los emperadores, léjos de atajar el mal, son los que arrastran á sus pueblos hacia los abismos de la desgracia. Pues bien: era indispensable contener á aquella sociedad en el borde del precipicio, esto no había de ser la obra de un poder político; Gregorio VII lo comprende así y se pone al frente de una de las empresas más atrevidas, pero más gloriosas que han podido realizarse.

Si Dios es la fuente de todo poder y si en la sociedad cristiana la primera representacion de Dios está en el papa ¿qué extraño es que de esta premisa Gregorio VII deduzca la consecuencia: luégo el papa es superior á los reyes? Si la Iglesia es la potencia moral que cuenta con elementos de regeneracion con que no pueden contar los poderes seculares ¿qué extraño que en medio de una sociedad corrompida tenga que proclamarse muy alto que la Iglesia está sobre los tronos? En Gregorio VII no se encuentra nada de móviles personales; había allí demasiada grandeza para que aquel hombre se dejara mover por resortes pequeños; y porque no hay en él nada de aspiraciones egoistas, es porque se manifiesta inflexible como todo el que se apoya en principios que al producir la conviccion en el espíritu producen á su vez la firmeza en los actos. Defendió la moral humillada, los derechos de los pueblos ante poderes á los que sólo él podía resistir. ¿Hay razon de que por este hecho se le formule un cargo?

Al juzgar el programa de Gregorio VII, guardémonos de prescindir de las condiciones especiales de su época; es un dato indispensable para conocer y apreciar el valor de un hombre. Es absurdo juzgar á un papa del siglo XI por las ideas ó por las preocupaciones del siglo XIX.

(1) Véanse las cartas de Gregorio VII publicadas por el P. Labbé en su *Coleccion de los Concilios*.

Al estudiar el curso de la civilización cristiana hay un hecho que no debemos olvidar en manera alguna, y es que en aquel período histórico, después de tan trascendentales transformaciones, no existía ningún Estado verdaderamente organizado, ninguna nación constituida, ningún poder político que ejerciese respetada y duradera influencia sobre el conjunto de la sociedad europea; si algo encontramos allí constituido, robusto, con una acción, un prestigio generalmente reconocido, obedeciendo á una impulsión común, es seguramente la Iglesia. Todo lo que tenían de débiles los lazos que unían entre sí á las distintas aristocracias y á éstas con sus soberanos, lo tenían de fuerte los lazos que unían á los fieles con sus pastores y á éstos con el Pastor supremo, el Sumo Pontífice. En los Estados del siglo XI no hay ninguna institución definida; en cambio la Iglesia tiene sus Concilios, allí se discute, allí se falla, allí se legisla, y mientras el proyecto de un imperio universal acariciado por Carlo Magno, por Othon el Grande, por Enrique III se presentaba cada día como más absurdo é irrealizable, en cambio la universalidad del pontificado iba adquiriendo constantemente mayor prestigio.

Era indispensable robustecer á la sociedad cristiana, ampararla contra las invasiones de fuera y los desórdenes de dentro; nadie más á propósito que el Sumo Pontífice.

Elevémonos á la altura de las ideas de Gregorio VII, y al considerar á la Iglesia como el alma de la sociedad, de la que el Estado es sólo el cuerpo, comprenderemos que un hombre cuya voluntad era tan enérgica como firme y arraigada era su fe, emitiera y tratara de realizar teorías que hoy chocan á los hombres de nuestro siglo. No se olvide que el jefe militar de aquellos pueblos cristianos, el Emperador, pensaba en todo ménos en continuar la obra majestuosa de la civilización católica; sino que, muy al contrario, tendía á corromper, á materializar la Iglesia, á fin de poder de esta suerte dominar el mundo, y se convendrá en la necesidad que había de que el jefe espiritual de la Europa regenerada por el Cristianismo procurase sobreponerse á aquel imperio tiránico, feudal, materializado, que á la par que á los pueblos pretendía esclavizar á la Iglesia.

Encontróse Gregorio con una sociedad en que se luchaba, no en nombre de principios de justicia ó de ideas más ó ménos salvadoras, sino para que el fuerte pudiera aplastar al débil. Unos cuantos aventureros, unos soldados de fortuna que no tenían de rey ni el derecho, ni la autoridad, sino únicamente el nombre, se disputaban la Europa sembrando por todas partes la ruina y la desolación. Hé aquí la pintura que nos hace Pedro Damiano: «Se arrebatan su propios bienes, se echan los unos sobre los otros, y como si trataran de ser únicos señores del mundo, hacen todo lo posible para suplantarse mutuamente. Y luego se encaminan con la antorcha en la mano á incendiar la cabaña del labrador ó verter sobre los pobres la bilis que no han podido arrojar sobre sus enemigos (1).»

Cuanto más extenso era el poder en aquellos tiranos mayor era su barbarie. Felipe I de Francia, no contento con sacar á almoneda los obispados y las abadías, complacíase en despojar á mercaderes llegados á Francia que venían de distintos países.

Llevamos ya delineado el retrato de Enrique IV. Como si hubiera desaparecido de su conciencia el sentimiento de la justicia, el hecho es que no vacila ante atrocidades de ninguna clase. Si una mujer le agrada, hace asesinar secretamente á su marido, y después de haberla deshonrado la obliga á casar con uno de sus ayudas de cámara. Si hay entre sus confidentes quien se atreva á desaprobar el atentado, siquiera sea con un gesto, esto basta para perderle. Con su edad aumenta su hipocresía, su perfidia. Los pueblos tiemblan al anunciarles su llegada, y ya no son sólo individualidades las que sufren, son provincias enteras, es todo el imperio. El capricho de un solo hombre da lugar á una serie de calamidades; cobarde cuando es vencido, al salir vencedor se vuelve déspota y sanguinario. Se le llama el nuevo Neron.

Nadie como Gregorio lamenta los males de lo que él llama con razón *el siglo de hierro*. Pero no es hombre para limitarse á llorar sobre las desgracias de su época. Cree que en tales

(1) Epist. I, 15.

circunstancias, para cumplir con su deber de papa, «antes que satisfacer los caprichos de los príncipes y lanzarse con ellos en el abismo, es preciso sufrir y resistir, como dice, hasta la sangre (1).»

Gregorio VII representa de un modo particular la fuerza de reaccion del derecho escarnecido, de la moral vilipendiada.

Gregorio VII principió la lucha por donde debía empezarla; por lo que podemos llamar el mal interior de la sociedad cristiana, que era la incontinencia y la simonía.

En 1074, cuando el Papa lo tuvo ya todo dispuesto, con un tacto, una habilidad y una prudencia que dan á conocer al excelente hombre de gobierno, convoca un Concilio en Roma poniendo cuidado especial en que no falte la representacion de aquellas diócesis que pudiesen oponerle mayor resistencia, en cuyo Concilio se promulgan solemnemente los cánones contra los vicios á que ántes nos hemos referido.

Aquel Papa tiene interes en manifestar que él no se presenta con carácter de innovador al tomar tan acertadas disposiciones, y hé aquí el fin de un apoloético dirigido á todos los obispos, que es una obra maestra de sabiduría y de erudicion y que lo resume diciéndo: «Todo lo que queda ordenado está en armonía con las decisiones de los Santos Padres; el que desprecia estos cánones es porque desprecia á los Padres mismos.»

El grave mal de la simonía anda estrechamente ligado con el abuso de las investiduras. Para cortarlo de raíz es menester que el Papa se entienda directamente con Enrique IV.

Á este fin Gregorio VII toma todas las precauciones imaginables. Envía con la mayor solemnidad una legacion á Alemania, interesa á la emperatriz Ines, la que dirige á su hijo los más acertados consejos.

Enrique recibió bien á la legacion, ofreciendo acceder á los deseos del Sumo Pontífice.

Donde se manifestó desde luégo el espíritu de rebeldía fué entre los nicolaitas. Éstos, al leer los cánones á que nos hemos referido, trataron al Papa de hereje, y la doctrina del Concilio romano la calificaron de insensata.

—Si el Papa en vez de sacerdotes quiere ángeles, contestaron, que los haga bajar del cielo.

Gregorio tiene conocimiento de la tormenta que se ha levantado en Alemania. Pero es, no sólo cuestion de dignidad para él, sino de honra para toda la Iglesia: Gregorio VII, léjos de ceder, amenaza con el rigor de sus censuras á aquellos que desobedezcan.

Othon, obispo de Constancia, es el que de una manera más pública se opone á las decisiones de Gregorio. Éste le escribe en términos muy severos, y concluye diciéndole: «En virtud de nuestra autoridad apostólica os mandamos que comparezcáis en el próximo sínodo para darnos cuenta de vuestra desobediencia y de vuestro menosprecio á la autoridad de la Santa Sede y respondáis á las demas acusaciones canónicas que pesan contra vos.»

Sigifredo, arzobispo de Maguncia, convoca un Concilio en Erfort, para poner en práctica las decisiones del Sumo Pontífice. Aquellos cánones fueron tenázmente combatidos: el Arzobispo se encontró sin apoyo, y á pesar de las instancias, de los ruegos de éste, se resolvió considerar tales cánones como si no existiesen. A la nueva insistencia del Arzobispo se responde diciendo que el sínodo va á retirarse para deliberar. Lo que resuelven es no volver á comparecer ante el Arzobispo.

Para impedir que éste formule una sentencia, conforme á las disposiciones del Sumo Pontífice, amotinan al pueblo, el cual está dispuesto á arrojar al Prelado de su Sede y hasta á arrastrarlo por las calles.

La dulzura del Arzobispo pudo evitar de momento que la sedicion tomara proporciones sangrientas.

Pero mezclóse despues una cuestion de diezmos. El pueblo enfurecido corrió á empuñar las armas, viéndose Sigifredo obligado á retirarse á Heiligenstadt.

(1) Epist. I, 11.

Gregorio remitió los cánones del Concilio de Roma á los obispos, abades y á todo el clero frances, ordenando que se pusiesen desde luégo en práctica las disposiciones canónicas. Los mandatos del Papa encontraron en Francia enérgica resistencia. Congregóse un sínodo, no para deliberar, sino para rechazar los decretos de Gregorio, como intolerable y fuera de razon (1). Pero de en medio de la asamblea levántase una voz que dice «que no deben en manera alguna tratarse de locura las órdenes de su jefe, porque aún cuando hasta entónces ellos hubiesen sido inocentes, bastaba esta orgullosa pretension para hacerles culpables.» Oirse estas palabras y levantarse en el sínodo una tempestad fué una misma cosa. En medio de ruidosa gritería, el orador fué arrancado de su sitio, se le hizo víctima de feroces tratamientos, se le abofeteó, se le escupió y fué conducido á la presencia del Rey. De allí tuvo que pasar á la cárcel, de la que fué libertado despues por algunos señores que le eran adictos.

El desórden, la perturbacion habíase hecho universal. Los seglares aprovechaban estas agitaciones para desentenderse de la autoridad de las personas eclesiásticas. Profanaban lo que hay de más santo, bautizaban ellos mismos á sus hijos, se hacían dar el Viático y la sepultura eclesiástica por sacerdotes de costumbres libres y lo que debían entregar á la Iglesia preferían arrojarlo á las llamas. El escándalo llegó hasta el extremo de no respetar el cuerpo santísimo del Salvador en la augusta Eucaristía.

El Papa escribió á Guillermo el Conquistador: «Es bien á pesar nuestro que nos hemos embarcado en este buque, al que tan léjos arroja la violencia de los vientos, expuesto á las más furiosas tempestades, empujado por las olas que le levantan hasta las nubes y que amenazan despues estrellarle contra un escollo.» Pero Gregorio añade: «Aunque no sin peligros, el buque resiste. La Iglesia romana, á la que Nós, aunque indigno, gobernamos, hállase diariamente agitada por las persecuciones de los hipócritas, por los insidiosos lazos que le tienden los herejes, por el destrozo oculto de que quisieran hacerla víctima los poderes humanos. Resistir estas sacudidas, remediar otra multitud de males, tal es el deber de nuestro cargo, y este deber nos atormenta noche y día.»

El triste estado de los intereses del Catolicismo le tenía tan hondamente afectado que la afliccion le causó grave enfermedad, de la que curó despues de muy larga convalecencia.

Podía debilitarse su cuerpo; pero su espíritu, su voluntad permanecía inquebrantable. Remediar los grandes males de su tiempo era su papel providencial; Gregorio no había de retroceder ante ningún obstáculo.

Proclamada solemnemente la prohibicion de las investiduras, Gregorio VII, sobreponiéndose á las circunstancias, atento ante todo á cumplir con su deber, principió por prohibir la entrada en la Iglesia á cinco personajes de la casa imperial que traficaban con las dignidades eclesiásticas, prescribiendo que si por todo el mes de junio de 1075 no se habían presentado á la Santa Sede á dar una satisfaccion, se les consideraría como excomulgados.

Amenazó tambien con la excomunion al rey de Francia, caso que no ofreciese á los legados apostólicos las correspondientes garantías de penitencia y de arrepentimiento.

Siemar de Brema, á causa de su desobediencia, fué suspendido de sus funciones episcopales y privado de la participacion en el sacramento de la Eucaristía; la misma pena se pronunció contra Guarnier de Estrasburgo, Herman de Espira y Herman de Bamberg, si ántes de Pascua no se arrepentían de su falta de sumision á las disposiciones de la Sede Apostólica.

Este último se negó á comparecer en Roma, adonde había sido llamado. En virtud de haberse colocado en actitud abiertamente rebelde contra el Papa, éste escribió á los habitantes de Bamberg una carta en que decía:

«Hemos desenvainado la espada de San Pedro, y en virtud de nuestra autoridad apostólica, hemos pronunciado sentencia de deposicion contra el hombre ignorante que se ha dejado corromper por la herejía, y que se ha hecho culpable de la felonía simoníaca (2).»

(1) *Importabilia ejus esse præcepta, ideoque irrationabilia.* Mam. COLL. CONC., t. XX.

(2) Epist., II, 76:

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundación hasta nuestros días. Colección de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó colección de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los días del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.